

MIGUEL PAZ CABANAS

La soledad de los epitafios

La soledad de los epitafios

Miguel Paz Cabanas

Este relato ha obtenido el Segundo Premio en el IV Certamen de Relatos "Literatura y Biblioteca", convocado con motivo del Día de la Biblioteca, el 24 de octubre de 2017, por la Dirección General de Patrimonio Cultural de la Comunidad de Madrid.

El epitafio de Paul Kennedy Brown Jr. es de los que inspiran añoranza, pero también una pizca de incredulidad: “Fui filósofo y mamporrero antes que astronauta”, declara en su sepulcro de granito que, a pesar de los años pasados, sigue teniendo un aspecto sumario y gris. No existen coronas ni ramos a su alrededor, aunque sobre la lápida brilla, con un fulgor aceitoso, una delicada urna de titanio.

Las coronas más excéntricas, por un motivo difícil de adivinar, son las que sobresalen en la parte sur del cementerio: es la última zona que se construyó y, como suele ocurrir en estos casos -por falta de dotación económica-, las intervenciones se redujeron a tareas de limpieza y mantenimiento. Allí las tempestades estelares rugen inmisericordes y queman los pétalos de las flores más delicadas. Sobre una de las lápidas más apartadas y herrumbrosas se puede leer: “Bajo, feo, cabezón, corto de pecho y orejudo... tuvo graves problemas para embutirse las viseras y las escafandras”. Hay tumbas oblongas donde el polvo marciano campa a sus anchas e introduce sus dedos en las rendijas más ocultas. En esa celosía mineral, a veces, se extravían algunas palabras reveladoras (“me aleg de q la diñaras, cabr”, parece que dejó escrito en la más vistosa una viuda despechada), que por pura pereza nadie ha decidido restituir. Los epitafios más llamativos se encuentran, no obstante, en el segmento norte. Tres de ellos, en letra redondilla, dicen: “Quien quiera conocerme, que cave profundo”, “No os arrodilléis ante mí: fui verdugo” y “Espero que mi alma no tenga los pies helados”. Precisamente, junto a un panteón medio caído, se eleva un pie de cromo que recuerda, sea por su rotundidad, a los de las estatuas romanas. El astronauta que yace en él desapareció inexplicablemente dentro de su nave, hace ahora medio siglo. Lo encontraron semanas después, vagando entre una nube de polvo cósmico, convertido en algo parecido a lo que reza su epitafio: “Soy la sombra de mis propios pasos cuando anochece, el alma furtiva del universo, la huella pálida que absorbe la inmensidad”. Leído con voz campanuda, suena realmente solemne.

La compacidad de esas tumbas –y en especial, de algunos panteones de aspecto granítico- adquirió en otra época cierta repercusión urbanística y tuvo como protagonistas a los familiares más iracundos de los finados. Éstas

deseaban conservarlos *ad infinitum* (influidos, tal vez, por la idea de inmortalidad que asociamos al espacio,) pero la NASA, preocupada por la falta de suelo marciano, opuso una resistencia tenaz. El conflicto nos lo trasladaron a los bibliotecarios del cementerio, que adoptamos, por unanimidad, una solución salomónica. Hoy quedan la mitad de los panteones que a principios de siglo, pero han superado al resto en altura y esplendor. En el más grande y majestuoso, pirograbado en una placa impresa en tres dimensiones, puede leerse: "Tu legado, venerado Saturno, padre prolífico y voraz, se perpetuará a través de estirpes futuras". Por contraste, en el sitio más recóndito de todo el cementerio, con un tono entre mortificado y profético, figura esta inscripción: "Púdrete, Sheldon, a mí ya no me engañas con más estrellas". Debemos admitir que el resentimiento que es fruto de los celos, rara vez se extirpa del alma humana.

No son infrecuentes las alusiones a talentos o destrezas incomparables del muerto. La más singular, sin duda, es la de un navegante con experiencia metalúrgica, que parece extraída de un cuento gótico: "Duermo en el ataúd que estañé con mi propio soplete", sentencia con laconismo cegador. Tal afirmación sugiere, siquiera sutilmente, la idea del suicidio, o de la extinción voluntaria en medio de la nada. Afortunadamente, los suicidas ya no reposan, como antaño, a la intemperie. De todos es sabido que hubo una época -quizá más lúgubre- donde se ignoraba su contribución higiénica y se les enterraba sin contemplaciones en cráteres remotos. Es posible que en esa orfandad abisal el sueño se sustraiga al amanecer y que en invierno, o en las largas estaciones sin sol, ciertos microorganismos edifiquen sobre sus restos madrigueras más hospitalarias.

El cementerio, que tiene forma hexagonal, alberga exactamente ciento trece tumbas (las mismas que figuran en la memoria de nuestra computadora central) y un monumento a la memoria de Neil Armstrong. No son demasiadas, pero representan un interesante número primo. El mayor asentamiento se produjo en los años cincuenta, por culpa de una astronauta que, además de rigurosa, era sumamente despiadada. Todavía se dirime en la actualidad quién fue el verdadero culpable, pero los miembros de la Tripulación Argos, persuadidos de que la virilidad en el espacio solo acarrea problemas, se

inclinaron por pensar que fue la viuda del coronel Sergei Todorov. Parece ser que, en un ataque de cuernos, la mujer adulteró –nunca mejor dicho- la comida liofilizada de su esposo y éste, ajeno al desmán, la sirvió a sus colegas en un modesto banquete. Sergei Todorov era un técnico reputado, enemigo de las estrellas enanas y, si nos apuran, de los agujeros negros. Él mismo se encargaba de elaborar los menús, por lo que no se sabe muy bien en qué fase del proceso se la jugó su esposa. Hay quien sostiene, sin embargo, que Sergei Todorov era un poco tarambana, pues manifestaba una irreprimible inclinación a consumir vodka y a consultar cartas astrales.

“No perdonéis mis pecados más vistosos”, implora con melancolía la tumba de Iván. Ese es el nombre que figura, Iván, sucinto y desnudo, despojado de cualquier apellido o referencia onomástica. El anonimato hace de su tumba, al menos en este sitio remoto, un himno a la soledad. Es la mortaja que nos espera a todos, el sosiego inaplazable de nuestro propio e inexorable vacío.

Junto a él, envuelto en crisantemos de plata repujada, un epitafio nos evoca la lujuria y la fugacidad de la vida: “Esperma fui, esperma soy y en esperma me convertiré”, sostiene el muerto con poca mesura. Ni siquiera sabemos si engendró alguna prole, o se trató de un amante vivaz y fogoso. Hay otros más filosóficos, y tal vez antojadizos, pero admitiremos sin reparos que son menos sugerentes.

No es que abunden las frases célebres o ingeniosas, pero en la sección oeste, justo debajo de una campana de metacrilato comprimido, dos hermanos gemelos, fallecidos el mismo día, se despidieron con un chiste memorable. Si acercas una cámara de infrarrojos, puedes distinguir perfectamente la grafía del epitafio y una especie de pigmento de tipo oriental. Todo fue construido, eso sí, con material reciclable. Es una lástima que estén escritos en mandarín y que tres de los bibliotecarios que servimos en este cementerio (quién nos lo iba a decir hace cien años) seamos oriundos de Pontevedra (uno, concretamente, del nemoroso y fantasmal pueblo de Carballiño).

Hemos de agregar que el cementerio está bien cuidado y que no carece de recursos e iluminación. En ese sentido, aunque solo sea porque no se

acuerdan de ella, también mantenemos nuestra biblioteca en perfectas condiciones. Es cierto que la colonia ha perdido su antiguo esplendor y que, allá en la madre tierra, parecen haberse olvidado de nosotros (en qué estarán pensando, esos chupatintas), pero aún así, confiando en el futuro, los que pervivimos intentamos no desfallecer: sabemos que conservar ejemplares en papel tan lejos de la Tierra siempre fue visto como una excentricidad, pero somos fieles al espíritu de los libros. Si es menester, redoblamos los turnos dedicados a su conservación y verificamos su estado con regularidad. Especialmente aquellos que conservan los epitafios que hemos venido recordando y las notas manuscritas de los astronautas que pasaron por aquí.

En ocasiones, en medio de esta soledad vasta y fosforescente, en medio de la muerte, pensamos que en los libros sigue habiendo algo purificador, o expresado de otra forma, un pretexto para mantener viva la llama de nuestra frágil condición humana. Tanto es así que, al sabernos lejos de casa, lejos de nuestros hijos y de nuestros jardines, creemos merecer una despedida sobria y digna: es como si Dios y sus ángeles nunca hubiesen estado aquí, pero nos permitieran mantener la esperanza mientras preservemos el hábito de la lectura.

Al caer la tarde, se distinguen con nitidez las viejas lunas que vagan errabundas por el universo. Parecen, en su sucinta orfandad, pares sueltos de zapatos (o bombillas desnudas en una habitación desolada). Resulta curioso pensar que, precisamente, cuando alguien muere, suele quedarse con un solo pie calzado. Eso viene ocurriendo desde tiempo inmemorial, incluso en esta época de mocasines sintéticos. Las lunas rotan con pereza y se rozan fugazmente con sus luminosos anillos de helio. La noche en el espacio no puede ser más temible, oscura y helada: en cierto modo, nos recuerda que el universo, en su infinita y pavorosa gelidez, es como una tumba gigantesca.

Todos los cementerios lo dicen, pero éste lo expresa con un júbilo lacónico: os observo bajo mis cúpulas blancas, bajo el polvo rojizo que pisáis, en la usura sensual de la muerte.

El equipo de bibliotecarios número 451, integrado por tres técnicos y una mascota con forma de chihuahua (creada en gomaespuma con una impresora

de última generación), conserva su moral intacta y confía en que su trabajo no pase inadvertido. Desde que los seres humanos se lanzaron a colonizar planetas y satélites, los cementerios y sus bibliotecas se han convertido en un santuario estelar. En estas últimas se conservan las palabras de aquellos que ya no regresarán a la Tierra: todo lo que merece la pena acaba en un libro, pues es memoria que nos conmueve y conforta.

Oficial bibliotecario Pedro Winston García.

Año de nuestro Señor 2092.

Nave nodriza Pigmalión.

Marte.